

Empezar de nuevo

Testimonios de
personas refugiadas



COMAR
Comisión Mexicana de
Ayuda y Refugiados

SEGOB

GOBIERNO



Coedición: Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, Secretaría de Gobernación/Coordinación General de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados y Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal.

El contenido de los testimonios recabados en esta publicación es de la autoría de las personas refugiadas por entrevista autorizada, y no refleja necesariamente las ideas de las instituciones.

Primera edición, 2008

D. R. © 2008, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados
Presidente Masaryk 29-6
11570 México, D. F.
www.acnur.org

D. R. © 2008, Secretaría de Gobernación/Coordinación General de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados
Hamburgo 135, cuarto piso
06600 México, D. F.
www.comar.gob.mx

D. R. © 2008, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal
Av. Chapultepec 49, Centro Histórico
06040 México, D. F.
www.cd hdf.org.mx

ISBN: 978-607-7625-13-1 CDHDF

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta

Impreso en México

Printed in Mexico

ÍNDICE

Presentación	7
Testimonios de personas refugiadas	13
Nadi Mohamed	13
Maritza	17
Emmanuel	27
Koffi Nguessan	33
Amet	35
Charles	38
Junior	41
Martha Elena	42
Felipe de la Lama	48

PRESENTACIÓN

COMISIÓN DE DERECHOS HUMANOS DEL DISTRITO FEDERAL

La Comisión de los Derechos Humanos del Distrito Federal se complace en presentar el segundo número de su colección Testimonios. El texto es fruto de la coordinación entre ACNUR (Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados), Comar (Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados) y la propia CDHDF. Sin embargo, cabe aclarar que el verdadero mérito de esta publicación corresponde a las personas refugiadas que decidieron compartir con nosotros, y con quienes lean este libro, los valiosos testimonios de sus vidas¹ y de cómo éstas cambiaron de rumbo en sus países hasta su llegada a México.

En esta serie se presentan historias a las y los lectores sobre personas refugiadas en nuestro país desde una perspectiva muy personal, con el lenguaje cálido y directo para conocerlas de primera mano, haciendo énfasis en la dimensión humana de sus historias que constituyen un testimonio que vale la pena recordar y mantener vivo en la memoria por sus posibilidades de enseñanza en la construcción de una cultura de la no discriminación y de la integración de las personas refugiadas.

Esperamos que este libro contribuya a la sensibilización del público lector; confiamos en que los testimonios son una vía adecuada para hacer de las historias de refugiados auténticas *historias de personas*. Visibilizarlas como tales, ofrecer información sobre lo que implica ser una persona refugiada y mostrar a todas(os) estas historias de vida apoyará el trabajo que se debe dar constatemente

¹ Algunos de los testimonios fueron escritos por las personas refugiadas; otros fueron obtenidos de entrevistas autorizadas para este fin.

para consolidar la promoción, protección y defensa de los derechos humanos de las personas para vivir en condiciones de igualdad y dignidad.

ALTO COMISIONADO DE LAS NACIONES UNIDAS PARA LOS REFUGIADOS

El Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) protege y ayuda a los refugiados en el mundo. Con sede en Ginebra, Suiza, la agencia fue creada por la Asamblea General de las Naciones Unidas y comenzó a trabajar en 1951, fecha en que ayudó a un millón de refugiados europeos tras el fin de la Segunda Guerra Mundial.

A principios de 2008, el número de personas “de interés” para el ACNUR era de 31.7 millones en todo el mundo, lo que significó un incremento tanto del número de refugiados (11.4 millones en 2007, comparados con 9.9 millones en 2006) como de desplazados internos bajo el mandato del ACNUR (13.7 millones en 2007, comparados con 12.8 millones en 2006).

Las personas bajo el mandato del ACNUR no son sólo los refugiados, se incluyen otros grupos relacionados como los que demandan asilo, los refugiados que han regresado a casa, apátridas y algunos (pero no todos) de los 26 millones de personas desplazadas dentro de sus propios países —comúnmente nombrados desplazados internos (IDP, *Internally displaced persons*)—.

Desde su fundación, el ACNUR ha ayudado con éxito a más de 50 millones de personas a reconstruir sus vidas y, por su labor, ha recibido dos premios Nobel: en 1954 y en 1981.

La Convención de las Naciones Unidas para los Refugiados de 1951, estrechamente relacionada con el estatuto fundador del ACNUR, define como *refugiado* a aquella persona que “se encuentra fuera de su país de nacionalidad o de residencia habitual, tiene un fundado temor de persecución a causa de su raza, re-

ligión, nacionalidad, pertenencia a un determinado grupo social u opiniones políticas, y no puede, o no quiere, acogerse a la protección de su país, o regresar a él, por temor a ser perseguido”. Instrumentos regionales, como la Convención sobre Refugiados de la Organización de la Unión Africana y la Declaración de Cartagena de 1984 en América Latina, ampliaron la definición para incluir explícitamente a aquellas personas que han huido debido a la guerra o a conflictos internos.

La responsabilidad más importante de ACNUR es la “protección internacional” que consiste en garantizar el respeto de los derechos humanos básicos de estos refugiados, incluida la posibilidad de buscar asilo y asegurar que nadie sea devuelto de manera forzada a un país donde tenga razones para temer ser perseguido. La organización promueve los acuerdos internacionales sobre refugiados, monitorea el cumplimiento de las leyes internacionales por parte de los gobiernos y provee ayuda material, como comida, agua, abrigo y cuidados médicos, a los civiles que están huyendo.

El ACNUR también busca una de las tres soluciones duraderas para los refugiados. La preferida por la mayoría es la repatriación voluntaria a sus lugares de origen, pero esto no siempre es posible, y en ese caso el ACNUR ayuda a las personas en el intento de reconstruir sus vidas en otro lugar, ya sea en los países donde buscaron asilo primero o en un tercer país dispuesto a aceptarlos para el reasentamiento.

Hasta abril de 2008, el ACNUR tenía un personal total de 6 351 miembros —tanto permanente como eventual— en 268 oficinas localizadas en 117 países. Más de 86.6% realiza trabajo de campo en sitios alejados y peligrosos. Entre los mayores programas regulares de asistencia de ACNUR en 2008 se encuentran los proyectos en Irak, República Democrática del Congo, República Centroafricana/Chad/Darfur, Colombia, Somalia, Sri Lanka, Afganistán, Liberia, sur de Sudán y Uganda.

El ACNUR también participa en cuestiones que incluyen movimientos mixtos de refugiados, solicitantes de asilo y migrantes económicos, algunos de los cuales atraviesan fronteras en rutas por tierra, pero también cruzando el Atlántico, el Golfo de Adén, el mar Mediterráneo y otras extensiones de agua.

A medida que las crisis humanitarias se vuelven más complejas, el ACNUR ha ampliado el número y tipo de organizaciones con las que trabaja, incluidas las agencias hermanas de las Naciones Unidas y más de 600 organizaciones no gubernamentales.

COORDINACIÓN GENERAL DE LA COMISIÓN MEXICANA DE AYUDA A REFUGIADOS

La Coordinación General de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (Comar) es el órgano desconcentrado de la Secretaría de Gobernación encargado de otorgar protección y asistencia a los refugiados que México, fiel a su vocación de nación hospitalaria, acoge en su territorio.

Para lograr este objetivo, la Comar ha establecido vínculos de colaboración institucional que permiten a los refugiados tener acceso a servicios y programas. Complementariamente, orienta esfuerzos hacia acciones de difusión e información pública para acercar a la ciudadanía el tema de los refugiados, sus derechos, sus obligaciones y su valor para la sociedad mexicana.

La presente publicación constituye un esfuerzo conjunto de la Comar, la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados.

Estos testimonios reflejan las vivencias de los refugiados que llegan a nuestro país huyendo de la guerra, de la violación masiva de derechos humanos y de persecuciones por raza, credo o ideología, entre otras causas, son de gran valor, pues permiten atestiguar, a través de la perspectiva de los protagonistas, el esfuerzo que realizan para salir de su país y salvar sus vidas, enfrentando frecuentemente adversidades y abusos.

En algunas de las historias que aquí se presentan, los refugiados que se han establecido en la ciudad de México narran su experiencia de llegar a una sociedad con cultura e idioma distintos, así como la esperanza que representa la construcción de su nuevo hogar.

Al difundir mediante estos relatos el compromiso de los refugiados para realizar aportaciones a México como nación receptora, la Comar pretende contribuir a destacar la importancia de la sociedad mexicana para preservar los valores de hospitalidad, solidaridad y respeto hacia los refugiados.

Esperamos que logre su cometido.

TESTIMONIOS DE PERSONAS REFUGIADAS

NADI MOHAMED AHMAD ASMAR

Refugiado palestino

Me llamo Nadi Mohamed Ahmad Asmar, soy palestino y tengo 28 años. Desde mi niñez, mi vida siempre fue luchar buscando libertad y justicia. En mi país siempre escuchas “no” y “sí”; el punto intermedio no existe, sólo hay órdenes, vivimos entre el miedo y la imposición. Además, es difícil ver el lugar donde naciste ocupado en su territorio y en su historia.

Durante mi niñez viví en el norte del país, en Ashkelon; después, en Jerusalén, Belén y Tel Aviv. Mi familia tuvo que cambiar de casa al menos 15 veces por cuestiones de racismo y guerra, tratando de vivir en paz. El momento más duro fue cuando perdí a mis dos hermanos por un misil que cayó en la casa donde vivíamos. Ese mismo año perdí a mi tío y a mi abuelito, asesinados por terroristas. Esto originó un cambio dentro de mí; tuve que olvidar mi niñez y madurar rápido.

Después de terminar el servicio militar obligatorio, asistí como voluntario a una asociación civil y, más tarde, formé mi propia asociación civil, siempre en actividades relacionadas con la defensa de los derechos humanos de los palestinos. También trabajé en la estación de radio Voz de Palestina y, posteriormente, en Radio Montecarlo.

Mis problemas aumentaron cuando no quise ser espía para el gobierno de Israel. Primero rechazaron darme mi identificación; después, como parte de la presión que el gobierno ejercía sobre mí, me encarcelaron y torturaron varias veces, y se encargaron de hacerme imposible la vida. Incluso viví en arresto domiciliario durante tres años y volví a la cárcel varias veces por violarlo. En Israel, cada cuatro kilómetros hay puntos de revisión, y sin iden-

tificación no puedes salir de casa ni para hacer las compras, ir al hospital o solicitar trabajo. No tenía otra posibilidad más que arriesgar mi vida para salir del país.

Volví a ser encarcelado y no veía ninguna esperanza de seguir viviendo en un lugar que para mí era tan grande y tan histórico, y que se convertía en un espacio tan chico como la fría celda de un metro por un metro donde me encontraba, bajo la luz intensa de un foco, donde todo era rojo: las paredes, mi ropa, mi plato, mi cuchara...

Por no tener identidad, me sentía extranjero en mi propio país, en el lugar donde nací, perdido, sin identificación, sin esperanza, tratado como traidor por no querer traicionar a inocentes. Las noches frías me hicieron olvidar la fecha y la hora, no distinguía las noches de las mañanas. Las únicas palabras que puedo recordar son cómo, cuándo, qué y por qué, y nunca encontré las respuestas. Traté de suicidarme en la cárcel: morir era mi única esperanza.

Cuando salí de la cárcel estaba como perdido, no había dónde ni cómo. Empecé a pensar en ir a México porque mi hermano vivía ahí, pero no tenía identificación o pasaporte y no podía ir a más de 300 metros de mi casa como parte de la orden del juez de vivir en arresto domiciliario por 10 años.

Una amiga me dio una visa para Colombia que ella había gestionado. Practiqué durante 10 meses para hacerme pasar por mujer para poder usarla. Una vez que todo estaba listo, pasé dos días en un salón de belleza tratando de copiar su cara. Para evitar hablar, me hice pasar por sordomuda para no tener problemas en el control en el aeropuerto. Fueron los momentos más difíciles, porque sólo las dos personas que me ayudaron conocían mi plan ni mi madre sabía. Viajé de Israel a Jordania, de Jordania a Francia, de Francia a España, de España a Colombia, donde pase dos días y perdí mi equipaje, luego viajé a Guatemala, ahí me deshice de mi disfraz y quemé mis documentos. De Guatemala viajé finalmente a México, donde me recibió mi hermano el 23 junio de 2005.

En México me enteré de que existía la Comar y decidí solicitar refugio. Después de que me aceptaron, el gobierno de México me otorgó un documento migratorio, que fue la primera identificación que tuve y que reconocía mi personalidad.

El primer reto de vivir en México fue aprender el idioma y despojarme del pasado, comunicarme con la gente y entender sus costumbres.

México me recibió bien sin conocerme, me dio la libertad, la oportunidad de ser alguien y la posibilidad de cumplir mis planes. Ahora puedo pensar en el futuro.

Abrí un restaurante de comida árabe, aunque sin mucho éxito; doy consultas de astrología y estoy comenzando el trabajo de mi asociación civil por los derechos humanos y el desarrollo.

Gracias a mi hermano, a mi pareja, a Sin fronteras, la Comar y el ACNUR he logrado integrarme y adaptarme a México.

Me gusta que en México la gente trate de vivir feliz y que tienen muchas fiestas; cada lugar tiene su personalidad y su cultura propia. La cultura es llena, rica. No hay guerra ni tanta disciplina. Sin embargo, no me gusta la impuntualidad de los mexicanos, que no hay cultura del ahorro y que con frecuencia me catalogan como árabe y hacen bromas sobre terrorismo.

Me ha costado trabajo acostumbrarme a la falta de amor que tiene por su país la mayoría de los mexicanos, a ver la desintegración y la violencia intrafamiliar. También he luchado por desarrollarme profesionalmente, ya que la astrología, mi profesión, no es considerada tan importante como en mi país.

Sin embargo, extraño mi país, sobre todo ver Jerusalén de noche, como una hermosa mujer siempre vestida de blanco, con voz de campanas de iglesia al amanecer y llamadas a las mezquitas, con sus casas viejas y sus caminos hechos de historia, donde cada pieza habla de un pasado.

Pero en México encontré a mi amor, que regresó los ríos y los jardines a mi corazón, por lo que ahora trato de no ver hacia atrás.

A futuro deseo tener un negocio propio; encontrar un espacio donde pueda desarrollar mi profesión. Deseo también hacer algo por México a través de mi asociación civil: Ojos de Luz y Esperanza, A. C., pero mi más grande proyecto es tener familia y cambiar mi FM² por la nacionalidad mexicana.

² Forma migratoria núm. 3, documento de identidad que recibe toda persona refugiada al ser reconocida por la autoridad migratoria; es decir, el Instituto Nacional de Migración. Este documento le permite trabajar en México.

El balance de mi vida en México es favorable: mi hermano ya tiene la nacionalidad mexicana y logré traer a mi madre a México gracias a la ayuda de la Comar y la Segob, en calidad de refugiada, como yo.

Mi país siempre se quedará en mi memoria y en mi corazón, pero encontré mi vida aquí, y es en México donde voy a construir mi vida como siempre quise.

MARITZA

Refugiada colombiana

Soy de un pueblo del departamento de Antioquia, que es un municipio que está al noreste. Vengo de una familia de clase social económicamente estable. Soy profesionista en acuicultura y tengo 36 años. Desde que acabé la carrera me dediqué a trabajar con los campesinos, que es lo que se acostumbra en esa zona, dedicada a la agricultura, ganadería, pesca, minería de extracción de arena de mar y material de río. Era comerciante y soy la mayor de seis hijos. Soy madre soltera. Nunca me pasó por la mente salir de mi país. Nunca pensé irme de Colombia porque me sentía muy a gusto, muy tranquila. En Colombia tenía todo lo que necesitaba. Nunca tuve el sueño de salir como muchas personas que tienen el sueño americano; yo nunca lo tuve.

¿Por qué salí de mi país? Por problemas con la guerrilla. Por amenazas. ¿Por qué? Porque me dedicaba a trabajar... a mi carrera. Parte de mi tiempo se lo regalaba al campesino. Yo no les cobraba por lo que hacía con ellos; era un trueque. Yo les daba las asesorías, los terrenos, las aguas, los tipos de peces que se necesitaban y ellos me llevaban plátanos, yuca, gallinas, ese tipo de cosas. Desafortunadamente, la zona donde estamos ubicados es de mucha guerrilla y se encargan de estar amenazando y chantajeando mucho al campesino. Cuando llegan, sacan sus cultivos, sacan sus cosas. A la hora que llegan se tiene que levantar la gente, y si no, pues los matan. Como yo estaba trabajando con ellos, pensaron que tenía muchísimo dinero como para compartirlo con ellos. Y por ese lado empezaron las amenazas. Me empezaron a pedir *vacuna*.³ “¿Quieres seguir conservando tu vida?, pues pásanos tanto dinero”. En ese entonces pedían 120 mil pesos mensuales. No es mucho, como 700 pesos mexicanos de ahorita. Había que dárselos semanalmente.

El problema es que si se colabora con ellos como guerrilla, se supone que uno ya es guerrillero, y si la otra gente, los parami-

³ Extorsión. Cuota económica a cambio de no ser atacado.

litares, se dan cuenta, entonces uno se mete en problemas. Hay que mantenerse al margen, porque alguno de los dos lo va a matar a uno. A veces la gente, por temor a lo que pueda pasar, empieza a dar la cuota. Pero yo no lo veía así. ¿Por qué tenía que estarles regalando dinero, si no había hecho nada malo? Y me dejaron un tiempo. Después pintarrajearon la casa donde vivía, en las afueras del pueblo, no en el centro. Me mataron una perra y empezaron a llamar a mi casa. Sabían dónde estaba, con quién estaba y me decían: “Si no colaboras, te vas a morir. Sabemos con quién estás, quién te mantiene”. Hasta que un día me sacaron de la casa.

Ese día estaba con mi papá y mi hijo y me llamaron al teléfono de la casa de mis papás. Contesté y me dijeron: “Maritza o sales o vamos por tí”. Ellos saben cómo entrarle y por dónde, por donde te duele más. Sabían que yo protegía mucho a mi papá y a mi hijo. Y salí.

Me llevaron a un lugar... El pueblo de donde soy está rodeado de montañas y todo son veredas. Lo que sería aquí como rancherías. Caminos escarpados, sin pavimento, pura piedra. Sólo podía ver dos o tres casas. De la carretera hasta la loma fueron como tres o cuatro horas en carro. No hay mucha gente por allá. Me llevaron a un lugar así, de noche. Hubo violación, golpes, maltrato, las peores cosas.

Estuve ahí cuatro días y luego me bajaron a mitad del monte. A mí me traían adelante, en el coche. El conductor era una chica y atrás iban otros tres. A mitad de la carretera pararon el coche y me dijeron: “Bájese”. Me tiraron y empezaron a golpearme. En una de éstas, me dejaban que me parara y los enfrentaba; entonces me daban más golpes, del coraje por no someterme. En ese momento uno de ellos sacó un arma y lo único que hice fue cerrar los ojos, pero la agarró por el cañón, no por la cache, y me golpeó. Perdí el conocimiento. Al otro día sentí los rayos del sol en la cara, pero estaba en una cuneta al borde de la carretera, en una zanja. Me dije: “Bendito sea Dios”. Por algo no me mataron, tal vez pensaron que estaba muerta.

Estuve así todo el día hasta que empezó a oscurecer. Entonces empecé a caminar hacia abajo, hasta que llegué a una carretera

y un camionero me llevó al pueblo. Se quitó una camisa y me la prestó para que me cubriera. Los camioneros ya conocen la zona y saben que es un milagro que la gente pueda escapar de ahí.

En mi casa, el único que sabía del problema era mi papá. Como yo viajaba a hacer asesorías, a todo el mundo se le dijo que había salido a eso para no alarmar a la familia, pero a media noche llegué a casa y les hablé a mis hermanos, que me llevaron a la finca de una amiga de mi hermana, donde estuve escondida como 15 o 20 días, pero, como era diciembre y mi hijo cumplía años el 31, las ganas de estar en familia me hicieron regresar al pueblo. Y ellos se dieron cuenta de que estaba viva. Y empezaron de nuevo las amenazas: “Hueles a formol”, “Esta vez será la vencida, de nosotros no te vas a escapar”. O nomás llamaban y, cuando contestaba, se oía del otro lado el detonar de un arma. Son las típicas amenazas con las que buscan debilitarlo a uno.

Para entonces había ya mucha tensión en mi casa, pues sabían cómo estaba yo. Tuve hemorragia ocular, me desviaron el tabique. Duré casi dos meses con hemorragia vaginal. Ya no comía, no dormía. Me la pasaba sentada en las escaleras de casa de mis papás, fumando y esperando a que llegaran por mí. Porque yo decía, si van a llegar a la hora que sea, que sea la primera que lleven y no a mi familia. Era mucho estrés. Ya no había paz ni conmigo ni con mis padres. A mis hermanos también les estaba afectando, y también a mi hijo, aunque él no sabía por qué. En ese tiempo él tenía nueve años. Todos estaban atentos a que Maritza no se fuera a suicidar. Si subía al balcón de la casa, estaba todos pendientes de mí. Si me encerraba mucho rato en el baño, veían que no fuera a hacer algo que atentara contra mi vida. Parecía un zombi. Me hablaban y, a veces, cuando me servían la comida, la veía y me ponía a llorar. O me hablaban horas enteras y no sabía lo que me decían. Para mi familia era mucho dolor, mucha angustia. Para enero, una hermana me dijo: “Te queremos mucho, pero preferimos que te vayas. Que te vayas de Colombia. ¿A dónde? No sabemos, pero te vas a ir”.

Mi hermana me dijo: “Vamos a buscar en la agencia un vuelo para donde sea”. Yo tenía pasaporte porque en la carrera nos

exigen tener todos los documentos en regla por si tenemos que salir a una práctica. La muchacha le preguntó: “¿Fuera del país?” Y mi hermana contestó: “Para donde sea”. Entonces nos dijo que había un vuelo al día siguiente, a las 10 de la mañana, para Costa Rica. Se compró el pasaje y ya ni siquiera regresé a casa de mis padres. Ese día me llevaron al aeropuerto, me embarcaron y adiós. Te vas. Sola.

Todavía estoy pagando por haber dejado a mi hijo. Aun siendo tan pequeño, sentía lo que estaba pasando. Mi papá y mi mamá fueron al aeropuerto a despedirme. El niño se me pegaba a la pierna, se aferraba y me decía: “No me dejes, no me dejes”. Mi papá, que supuestamente es el más fuerte, volteó la cara y no fue capaz de despedirse de mí. Y a mi hijo lo separaban mi hermano y mi cuñada, pero él venía. Es una imagen que nunca voy a olvidar y que aún estoy pagando. Ahora que es un adolescente, aún ahora, se le sale y me dice: “Me abandonaste en el momento en que más te necesitaba, te perdiste mi niñez, te perdiste muchas cosas de mi vida”. He tratado de compensar a mi hijo esas noches de soledad, pero no es fácil. Cuando a mi familia le preguntaban dónde estaba yo, decían que no sabían adónde me había ido, y a mi hijo le dijeron: “Si preguntan por tu mamá, dices que se fue y que te ha abandonado”. Entonces, mi hijo contestaba eso y, en su inocencia, se lo fue creyendo.

Estas cosas lo dañan a uno precisamente en la parte emocional, en la parte de la familia. Ya pasaron siete largos años. Yo salí el 11 de enero de 2001. Ese tiempo hace que no siento un abrazo o una caricia de mi papá. Los extraño a diario. Toda mi familia sigue allá. Excepto mi hijo, que ya me lo trajeron, un 11 de enero también, hace tres años.

Mi hijo es mi motor y ha sido el ángel que siempre me ha protegido. Creo que por ese niño fue que me aferré a la vida, a no desfallecer, a no dejarme morir. Aunque muchas veces me sentí así.

Cuando llegué a Costa Rica sentí que era el mero cuero, que no tenía nada, que no era nadie. Fueron días muy difíciles. Me decía: “Me regreso, que me maten, que hagan lo que quieran, pero no sirvo para estar lejos de mi familia. Soy muy casera, muy

de mi familia. Y en una de esas, hasta le dije a mi papá: “¿Sabes qué?, me regreso”. “No —me contestó—. No te vas a regresar. Si vienes, en el mismo taxi que llegues te vamos a regresar”.

Empecé a trabajar en un restaurante de un colombiano en Costa Rica. Trabajé ahí más o menos tres o cuatro meses y conocí a otros colombianos. Empecé a platicar con ellos. Tenían su sueño americano. Yo ya había visto en internet que México era muy similar a Colombia. Había tenido tiempo para reflexionar sobre las cosas, sobre lo que iba a hacer y a entender, y estaba convencida de que tenía que luchar, de que si Dios me había dado una segunda oportunidad para vivir, no tenía por qué desperdiciarla ni atentar contra ella. En una de esas pláticas me dijeron que había alguien que podía llevarnos a México pagando 1 700 dólares por cabeza: “Si quieres, te animas y nos vamos. Desde Guatemala hasta Villahermosa, México”. Dije: “Bueno, vamos, me voy con ustedes y me ubico en México, porque no quiero ir a Estados Unidos. No me gusta y jamás me ha gustado”. Y así fue como hicimos el viaje.

En Costa Rica y Guatemala estaba como turista, adonde llegué en avión. Con lo que ahorré de lo que había trabajado, iba solventando mis gastos. Y ahí fue donde contactamos con la persona que nos iba a traer a México. Estuvimos en Guatemala dos días y salimos por el lado de Petén. El recorrido de Guatemala a México fue de 15 días. ¡Ay!, creo que ahora podría irme a Guatemala y regresar en un día, pero nos dieron infinidad de vueltas. En algunos lugares pasábamos el río en canoa. Nos llevaba a lugares donde nos hacían pasar una noche. Por persona nos cobraban 150 pesos por dejarnos dormir en un salón grande, sobre plásticos en el suelo. Y si queríamos comida, eran platos pequeños: una cucharadita de arroz, una cucharadita de frijoles y una cucharadita de huevo. Y el pulque de agua de limón por 100 pesos. Y, muchas veces, había lugares donde teníamos dinero, pero no había qué comer.

Llegamos a Emiliano Zapata, ahí nos dijeron que agarráramos otro camión, y ése nos trajo a la central de Tabasco. Nos iban diciendo adónde teníamos que llegar. Y llegamos al hotel donde quedamos de vernos con él... Antes, en el recorrido, tuve un

problema con el pollero, porque trató mal a uno de los muchachos. Éramos ocho los que veníamos, y uno de ellos se cayó y se torció el tobillo. Entonces empezó a tratarlo mal y a mí no se me hizo justo. Todos veníamos buscando lo mismo y no me pareció justo que lo dejaran. Cuando llegamos a Tabasco le dije a uno de los compañeros que había que estar alertas, porque no me fiaba de ese señor: “No vaya a ser que nos eche a la policía, la ley o algo”. Fue como si ya supiera que eso iba a pasar.

Llegamos al hotel a las siete de la noche, a la hora en que habíamos quedado de hablar con él. Nos dijo que pasaríamos ahí la noche y que, al día siguiente, nos íbamos a otro lugar. Les dije a los muchachos: “Yo no me confío, ya me han pasado muchas cosas”. Como era un hotel enfrente de un mercado, nos pasamos a unas cafeterías que había allí, y les dije: “Quedémonos acá, y si lo vemos que llega, pues qué bueno. Y si no, pues ya veremos qué hacemos”. A las siete de la noche llegó Migración al hotel. Hicieron una redada. Sacaron a muchos indocumentados. Con nosotros venían dos muchachos que llevaban tres intentos de pasar, y siempre, en ese lugar, los regresaban.

Así fue como llegamos a México. Nos quedamos unos días. Rentamos un departamento amueblado. Cobraban cinco mil pesos, pero pedían dos meses de depósito. Entre todos juntamos el dinero, porque hasta ahí todavía teníamos. Estuvimos escondidos ahí como dos meses, en lo que se nos curaban las heridas que teníamos por la maleza. Luego la familia de uno de los muchachos se puso en contacto con él y le mandó a una persona para que lo llevara a Estados Unidos; él fue uno de los que pasó. De los otros dos que quedaron, uno conoció a una gente de Acazulco, otro se regresó a Colombia. Y yo me quedé en Tabasco.

En Tabasco conté con la suerte de encontrar a una mujer a la que quiero como si fuera mi mamá, porque le *caí en gracia* y empezó a platicar y me echó muchísimo la mano: “Ven a mi casa, te invito a comer”. Y nos fuimos haciendo amigas. “Vámonos a caminar, vámonos aquí.” Me ayudó a conseguir un cuarto y ahí viví como dos meses. Por medio de ella, un muchacho que trabajaba en una tienda naturista me dio trabajo, aun sabiendo que no tenía papeles. Y empecé a agarrarle gusto a vivir en México.

En ese tiempo estaban haciendo muchas redadas contra indocumentados, y mi miedo era que me agarraran y me regresaran. No quería regresar. Me decía: “Ya estoy bien, ya estoy aquí, me siento tranquila”. Y me estaba enamorando de México, bueno, me estaba enamorando de Tabasco. Ahora vivo en la ciudad de México, pero en ese entonces estaba muy a gusto. Sentía esa paz, esa tranquilidad, esas ganas de vivir, de salir adelante, como no me había sentido en Costa Rica, porque todavía estaba en mis cosas, en el qué hago.

Y luego, lo que me ayudó aquí en México fue el calor de la gente. El cariño que me dieron. Yo me decía que de alguna manera tenía que solucionar mi situación acá en México. Empecé a averiguar y una persona me recomendó a una abogada. Me dieron su número de teléfono y le hablé. Me dijo: “Sí, mi esposo le puede ayudar con ese proceso para que se pueda naturalizar, pero sé que le va a cobrar caro”. Dije que no importaba y me puse de acuerdo con él. Me cobró 40 000 pesos. Tenía que estar yendo a firmar a Migración dos veces por semana. “¿Y cómo va mi proceso?” “Va bien, va bien.” Y como a los seis meses, cuando fui a firmar, la muchacha de la recepción me dijo: “Aquí hay algo para usted”, y me dio el documento en que se me negaba la estancia en México y me decían que tenía que abandonar el país. El abogado me decía que iba bien. ¡Mentiras! Ya me habían negado la estancia y yo no sabía. Y jamás pude volver a hablar con el abogado. Me entregaron la notificación, con fecha vieja, y decidí salir de México para que sellaran el documento, porque me dijeron que pasando la garita en la frontera de Guatemala, sellaban la notificación y pasaban el reporte de que había salido del país. Así lo hice, pero mi intención era salir y regresar. Y se lo dije a un encargado de Migración. Y él me decía: “Es que ustedes, los extranjeros, siempre utilizan México como puente para irse a Estados Unidos. Ninguno viene a quedarse aquí, ninguno solicita refugio en México porque no les interesa”. Y yo decía: “No quiero ir a Estados Unidos. Si quisiera, lo habría hecho desde hace tiempo. Ya llevo ocho meses aquí, y sin papeles he estado en Oaxaca, en Acapulco, en Veracruz. Quiero estar aquí, en México, y en México voy a estar.

Salí, me sellaron el papel, me quedé un día en Guatemala cerca de la frontera. Por un lado entré, agarré un taxi para Emiliano Zapata y de ahí uno a Tabasco. No me paró Migración, no me paró nadie, pasé desapercibida. De ida iba temerosa, pero pasé.

Ya vivía en un departamentito en Villahermosa. Un amigo que trabajaba en el Grupo Beta se dio cuenta de mi situación y empezó a investigar. Fue a una conferencia y ahí se enteró de la Comar y del ACNUR, expuso mi caso y me dio los datos. Poco después me entrevisté con una funcionaria de ACNUR Tapachula.

En cuestión de ocho días se coordinaron con el Grupo Beta de Tenosique para que me llevaran hasta Tapachula. Estuve en el albergue del padre Flor de María. Me recibieron muy bien. Bendito sea Dios que he contado con buena suerte. Estuve custodiada en todo momento por el Grupo Beta, no porque pensarán que me fuera a ir, sino para protegerme, porque yo era indocumentada. Al día siguiente me presenté en Comar y fue ahí donde empezó el trámite. A los pocos días ya estaba reconocida como refugiada.

Supuestamente tenía que quedarme dos o tres meses en Tapachula, pero dije que no quería. En Tabasco tenía gente que me podía ayudar. Los de la tienda naturista me decían: “Cuando regreses, aquí tienes tu trabajo”. Y tampoco quiero que me estén manteniendo. Necesito trabajar, saber que puedo depender de mí misma.

Hay gente que piensa que nosotras, como extranjeras, es más fácil que seamos putas en otro país que no sea el nuestro, que es más fácil buscarse así la vida. Son los comentarios que se escuchan; no de todos, pero sí hay algunos que tienen ese concepto.

Y así fue como me dieron una carta de protección para que regresara a Tabasco. Allí me quedé un buen tiempo. Quería empezar con los trámites para traerme a mi hijo. En Migración me dijeron que en el Distrito Federal, en la oficina central, era más fácil y más rápido. Tuve la oportunidad de venir al Distrito Federal por unos conocidos. Me dije: “Puedo encontrar trabajo ahí y empezar a hacer los trámites para mi hijo”. También pensaba en darle una mejor calidad de vida. No sabía qué calidad de vida

tuviera allá, pero a lo mejor sí darle más tranquilidad, tenerlo cerca para que no le fuera a pasar algo. Y opté por eso.

Yo no he tenido ningún problema. En Tapachula y aquí me han atendido muy bien. Ahora, lo más difícil de estar aquí como refugiado es la mediocridad de algunas personas, no todas. A mi hijo ya no le afecta tanto, he tratado de que lo entienda. Pero la gente oye “Colombia” y piensa “drogas”. Y preguntan: “¿Tu mamá fuma? ¿Tu mamá se mete coca? ¿Tu mamá es guerrillera?” Hacen ese tipo de asociaciones. Y ya le digo que tiene que tratar de entender que, desafortunadamente, los medios de comunicación son los que se encargan de falsear las cosas. Y no por eso tiene él que creer todo o enojarse con los compañeros. Él es joven y con sus compañeros se la lleva muy bien.

Pero no todos son iguales. Hace poco tuve un problema con una vecina porque a ella no le gustan los extranjeros. “Pinches extranjeros, no sé a qué tienen que venir a México. A robar el dinero de nosotros, los mexicanos, a robarnos el trabajo, a dejarnos sin nada, sabiendo que aquí no son bienvenidos.” Le contesté: “Mire, señora, no sé si usted conozca sus derechos aquí, en México. Yo sí conozco los míos. Y por si usted no lo sabe, yo aquí tengo que cumplir con muchas cosas. Y pago impuestos. Cuando entré a México, tuve que pagar una multa. No sé si usted sepa eso. Todo lo que los extranjeros pagamos en México es para los mexicanos. No sale del bolsillo de ustedes”. Son cosas a las que se aferra la gente. Hay muchos prejuicios. Y es verdad que hay unos que son muy ofensivos, pero ya mejor no les presto atención. Le digo: “Ojalá sus hijas no se tengan que ir del país para que no sientan lo que es ser extranjero”.

Referente a encontrar trabajo, si es con un amigo o conocido, no hay problema, pero si vas a una empresa... Hace como dos meses hice una solicitud para trabajar en las Afores. Hacen un proceso de selección, y lo pasé, pero me pidieron la carta de naturalización. Presenté la FM3 y no la aceptaron. He pedido otros trabajos y siempre, cuando llegan al documento, no lo aceptan. Su temor es que, como eres extranjero, tienen que estar revalidando el permiso cada año y no quieren meterse en problemas. No manejan bien esa parte. Se imaginan que van a tener problemas.

En ese sentido sí es muy complicado. Digo, yo ahorita sí lo he visto así. No es fácil buscar trabajo. Me dicen: “Cuando tenga su carta de naturalización, venga y hablemos”.

Yo quiero muchísimo a México porque es el primer lugarcito al que llegué. El primer lugar en que empecé a sentir calor humano, el “eres importante”, el “no importa que seas extranjera y que no tengas documentos”. Me siento como en familia. Aquí, en el Distrito Federal, me siento tranquila. Vivo en Iztapalapa, muy a gusto. De México no me voy a ir a otro lugar. Yo soy de agarrar un camión y dar la vuelta. Me he ido hasta donde termina Santa Marta Acatitla. El año pasado fui a un parque ecológico en Ixmiquilpan, a unas cabañas. Tuve la oportunidad de conocer personas mayores, como a tres o cuatro familias que hablaban diferentes dialectos. Esa gente es muy orgullosa de lo que tiene, son muy apegados a su tierra. Me gusta mucho la vegetación, el campo. Disfrutar esos momentos.

¿Que si quiero regresar a Colombia? A Colombia la tengo en el corazón. Y aunque me naturalice,⁴ siempre voy a tener a Colombia en el corazón. Pero de ir algún día, posiblemente no. Ahorita, si tuviera dinero, me enfocaría en traer a mis padres de visita, más que en ir para allá. ¿Por qué? Porque quiero mostrarles muchas cosas. Quiero mostrarles la tierra donde estoy cosechando algo para mi hijo, la tierra de la que me siento orgullosa, porque la siento mía. Porque he hecho muchas cosas aquí. Tengo amigos, tengo mucha gente que me quiere y a la que quiero. Entonces, regresar a Colombia, no, no; definitivamente no. Yo digo que si algún día regresara, a los 15 días estaría desesperada por salir de ahí; ya no me hallaría. Porque ya no hay un lugar para mí; mi lugar es éste. Mi lugar está aquí; aquí tengo todo. México me dio una segunda oportunidad para luchar, para vivir, para echar raíces, para edificar algo para mi hijo... y para mí también.

Así que no me hagan escoger entre los dos, porque, pobrecita Colombia, va a perder.

⁴ Naturalización: obtención de la ciudadanía mexicana.

EMMANUEL

Refugiado haitiano

Soy de Haití. Llegué a México en septiembre de 1993. En esa época tenía 13 años. Ahora tengo 25. ¡Es bastante tiempo!

Salí de mi país por la inestabilidad política, ya que mi papá estaba involucrado en esos asuntos, y él juzgó que lo mejor para sus hijos era salir del país. Muchas veces los que están implicados en cuestiones políticas creen que pueden controlar la situación, pero temen por su familia más que por sus propias vidas. Primero vino un hermano a México y un año después, yo; luego nos mandaron a Francia. Al principio mis papás se quedaron en Haití.

En Haití estaba en la secundaria. Ahora trabajo en una universidad, en el Centro Universitario doctor Emilio Cárdenas, en el área de implementación de la norma ISO de calidad, soy un auditor interno. También doy clases de francés y estoy estudiando ingeniería industrial en la Unitec. Todavía no termino la licenciatura, pues estuve en medicina, luego me cambié a ingeniería, luego a sistemas y luego regresé a industrial. Creo que es parte de un desequilibrio. Como que estás buscando algo.

En realidad, yo no quería venir porque estaba enamorado de una niña, de una vecina que era un año mayor que yo. Me acuerdo que tendría que haber viajado a México en mayo, pero hice todo lo posible para posponer mi viaje hasta septiembre. No quería salir de mi país. Ya sabes cómo es cuando te enamoras, y también la edad... trece, catorce años. No era algo que quería. Me costó mucho trabajo adaptarme. Pensar que ya no estás en Haití, que estás lejos de todo, de tus amigos. A México vine solo, y aunque mi hermano mayor estaba aquí, yo no tenía amigos.

Pensé que iba a regresar pronto. Cuando vine a México, mi boleto era válido por un año. Me dijeron que me iría un año y que, pasando los problemas, podría volver. Pero nunca he vuelto a Haití. Las cosas nunca mejoraron.

Cuando llegué estaba bloqueado; no me gustaba el español. En la secundaria, en Haití, nos enseñaban español, pero como es un sistema diferente, si no te gusta el idioma, no te afecta sacar cero.

Me costó mucho trabajo aprender español, ¡todavía me cuesta! A partir de los tres meses te defiendes, pero después llegas a un nivel del que no pasas. Escribo bastante bien, pero hasta la fecha.

Cuando llegué a México fui a la secundaria en Puebla, que es donde vivía mi hermano. Estuve tres meses en una escuela *muy fresca* que no me gustó, así que me cambié a otra, donde terminé la secundaria y la prepa.

Cuando estaba estudiando la prepa, venía de vez en cuando a la ciudad de México, que me parece más calurosa. Puebla es bonita, pero la gente se me hace un poco cerrada. Entonces, cuando terminé la prepa, me vine al Distrito Federal. Hice exámenes en la UNAM [Universidad Nacional Autónoma de México] en el Politécnico [Instituto Politécnico Nacional] y en la UAM [Universidad Autónoma Metropolitana]. Me aceptaron en la UNAM y en la UAM; al Poli nunca fui a ver el resultado. En la UNAM, a los que salimos con un nivel alto en el examen de admisión nos llamaron para una segunda prueba. A mí me hicieron un examen de español que reprobé, así que me mandaron al Centro de Enseñanza para Extranjeros. Como la licenciatura en la UAM duraba un año menos, me decidí finalmente por quedarme ahí. Tenía todavía la idea de que terminando la carrera regresaría a Haití, de que mi amada me estaría esperando [risas]. Claro que ni le escribía, y apenas sabía de ella a través de mis amigos, pero me quedé bloqueado [risas]. En ese tiempo hubiera hecho lo que fuera por no venir a México. Dije cosas para postergar el viaje, usé todas las opciones que tenía para quedarme, pero finalmente esta chica se hizo novia de otra persona y entonces dije: “Ya me voy”.

Lo que más extraño de mi país es, quizá, el ambiente, el calor de la gente, la manera de las personas de allá de concebir las cosas y el espíritu crítico de los haitianos. Aquí, en México, si no estás de acuerdo con alguien, parece que estás enojado. Extraño mucho la amistad de Haití.

Cuando llegué a Puebla mis conocidos eran los amigos de mi hermano, no tenía amigos de mi edad. Y si bien me acuerdo, tampoco quería hacer amigos. Quizás eso me pesó mucho. Me costó, me perjudicó. Algo que me molestaba en Puebla era que la gente se pellizcaba. En la ciudad de México también, un poco,

pero en Puebla era muy común y, al principio, no sabía qué era eso. El pellizco venía acompañado de una carcajada y eso me molestaba. No me gusta llamar la atención. Luego mi hermano me explicó, y ahora entiendo los pellizcos.

Un amigo haitiano, con el que me llevaba muy bien, tenía como 12 años viviendo en México y estaba muy bien adaptado. Él me ayudó a entender las cosas y me explicó mucho. Se fue a Haití hace tiempo, pero me acuerdo de él; hay muchas cosas que, si no fuera por él, no haría. Pasamos tiempo juntos, aprendí de él, de México, de la historia. Salíamos mucho... las chicas. ¡Las chicas mexicanas me hicieron olvidar mi amor haitiano! [risas].

Me gusta mucho Oaxaca, quisiera ir cada fin de semana. Me recuerda a Haití. La última vez que fui me encontré un árbol de almendras y entonces quise comer almendras. Estaba con una amiga y no entendía por qué yo quería comer del árbol. No sé, fue un momento mágico. Y me gusta mucho la gente de Oaxaca.

Vivo bien aquí, en México, me divierto. Conozco un poquito. Procuró salir a algún sitio cuando puedo. Hace unas semanas estuve en Tulum; me gusta. También he visitado Cuernavaca y las próximas vacaciones voy a Real de Catorce. Generalmente viajo con amigos: franceses, alemanes, mexicanos que trabajan o estudian. Más grandes, más chicos. Hablamos en español, inglés y francés, aunque casi todos hablan español. Lo que más me gusta de México es su diversidad cultural y en otros aspectos. No te aburres. Siempre hay algo que hacer.

También me gusta la comida. Me gustan mucho las enchiladas y el mole poblano, pero como todo es picoso, no puedo comer eso todos los días. Hay haitianos que comen chile, pero como tuve gastritis, el picante me hace daño. De la comida de Haití se dice que es como la gastronomía francesa con los condimentos del Caribe. En Haití comía de todo. Lo más común es el arroz blanco con frijoles y una salsa con pollo o algo así. En México, de vez en cuando como algo haitiano, algo que yo cocine o en casa de un amigo de allá.

En México haces tu vida, escoges a tus *cuates* —que ven la vida como tú, que les gustan las mismas cosas—. Estoy orgulloso, aunque nunca me había dado cuenta de eso, de que a pesar de haber estado

lejos de mi familia hay valores que siempre he mantenido. Nunca he hecho cosas indebidas. He sido y soy una persona centrada: no tomo, no fumo. No engaño a la gente. Hay cosas que, a pesar de que tienes muchos problemas, no son opciones. Así me educaron.

Entré a la universidad muy chico y estaba solo aquí, y en México es muy difícil, a veces. Es como dice Octavio Paz: existen dos tipos de gente, el que chinga y el chingado. A veces he preferido ser el chingado y no el que chinga. He sido a veces ingenuo y la gente abusa. Pero, *si se pasa...* pues qué pena.

Como negro, en México eres una obra en un museo. Todo el mundo te mira. Yo ya me acostumbré, así que no me doy cuenta de eso, pero cuando estoy con amigos, son ellos los que me dicen: “¿No te das cuenta de que te están mirando?” Es curiosidad, yo creo. Aunque cada vez es menos, porque con la globalización también en México ya hay mucha gente de todas partes.

Hace dos años que no he visto a mis papás. Mi hermano, que estudió en Francia, vive ahora en Estados Unidos. Mi otro hermano, que está en México, es médico y vive en Tlaxcala. Mi mamá también salió de Haití y ahora vive en Nueva York. Y mi papá vive en República Dominicana. Cada quién en un lugar diferente. A mi mamá le hablo a menudo. Una o dos veces por semana, aunque quisiera hacerlo más seguido. Mi hermano es con el que no hablo mucho. Él tiene novia, está comprometido. Y mi papá no quiere venir a México; a cierta edad ya es muy difícil adaptarse a una cultura diferente, aprender otro idioma.

No sé si es difícil estar lejos de mi familia; a veces me lo pregunto. Mis papás siempre viajaron y muchas veces no estaba con ellos. Cuando los veo y estoy con ellos, me siento extraño. Durante mucho tiempo, sin embargo, mis papás me hacían mucha falta. Desde hace un mes vivo con dos amigos mexicanos, pero desde que estoy en México nunca había vivido con amigos, sino con una familia mexicana, entonces me sentía bien, me sentía en familia, muchos me han tratado como a un hijo. Me los presentaba un amigo o los encontraba cuando buscaba habitación.

Tengo ganas de volver a Haití, tengo curiosidad de ver cómo están las cosas, pero cada vez me identifico menos con los haitianos. Cuando encuentro uno que acaba de llegar, hay un choque.

No los entiendo y ellos no me entienden. Me llevo muy bien con haitianos que llevan un tiempo aquí, a ellos les pasa lo mismo. La mentalidad ha cambiado, la forma de ser ha cambiado. Entonces, no sé cuándo voy a ir. Además, cuando digo que quiero ir a Haití la gente me dice: “Te va a ir mal, te van a matar”. No sé. Hace cuatro años insistía en querer ir, pero algunos haitianos que volvieron me dijeron que las cosas no están bien. Me causa conflicto. He vivido muchas cosas en México, pero finalmente soy haitiano y tengo ganas de ir.

Después de este tiempo en México podría naturalizarme, pero no lo he hecho. La cosa es que, aunque te naturalices, nunca te van a reconocer como mexicano, es un dilema. No eres ni de allá ni de acá. Y en las leyes de Haití, cuando te naturalizas en otro país, pierdes la nacionalidad haitiana. Para ir a Haití tendría que pedir una visa. Y acá tampoco me reconocen como mexicano. En el Unitec hay becas para estudiantes con buen promedio, pero a mí no me dan nada por ser extranjero. Tengo que ser mexicano, pero no cualquier mexicano, sino mexicano de nacimiento. Creo que existe discriminación. Para los mexicanos, a partir de siete de promedio tienes un porcentaje de beca. Y como extranjero no te dan nada. Son esas cosas que no entiendo. Un estudiante, un buen alumno, es un estudiante de la institución, independientemente de la nacionalidad. Cuando salga de la universidad no me voy a reconocer como parte de esa universidad, sólo voy a tener mi título, y pagué por ello. La escuela no me ayudó en nada. La ayuda, en ese sentido...

A veces siento que no hay suficiente apoyo en México para los refugiados porque, en primer lugar, por las circunstancias, es alguien que enfrenta dificultades. Por ejemplo, se puede sentir desubicado y está lejos de su país. También por este hecho puede estar motivado para superarse, para seguir adelante en todos los aspectos. Especialmente en la educación y económicamente. Hay que ayudarlo a integrarse. Y si quiere volver a su país, hacen falta apoyos para la preparación. Creo que a México le falta trabajar un poco en eso.

Todos los problemas políticos de Haití han afectado a mi familia, mi vida. Somos tres hermanos y cada uno vive en lugares

diferentes y ninguno vive con nuestros papás. La familia está completamente desintegrada. Y encima enfrentas problemas de adaptación. Creces sin entender esas cosas.

Después de tantos años, aquí tengo mi vida, tengo amigos. Pero, a la vez, ¿qué quiere decir integrado? ¿Cuándo te integras? Integrarse es cuando participas en la vida política y en la vida diaria del país. Me gusta México, pero sigo siendo un extranjero. Entonces, ¿qué entiendes por integrarse?

A futuro quiero terminar aquí la licenciatura y me gustaría ir a Estados Unidos a hacer una maestría. Y después, no sé, volver a México o trabajar en Estados Unidos o en Europa. Mis planes son siempre a corto plazo. No me veo en cinco o diez años... dos o tres máximo. Después no sé.

KOFFI NGUESSAN

Refugiado de Costa de Marfil

Me llamo Koffi Nguessan, tengo 33 años, soy soltero y nací en Costa de Marfil. Cuando vivía en mi país era estudiante y jugaba fútbol. Mi familia era muy unida, a todos nos gustaba pasar la mayor parte del tiempo conviviendo, sobre todo cuando mi papá, que era militar, estaba con nosotros. Una mañana salí a comprar jabón y cuando regresaba, escuché disparos. Traté de protegerme, por lo que permanecí unos minutos escondido. Después corrí a mi casa. Al llegar vi a todos mis familiares llorando: los disparos que oí habían matado a mi padre.

La inseguridad me obligó a abandonar la vida que tenía en mi país. Estuve viviendo en algunos países africanos, trabajando para tener el dinero que me permitiera viajar más lejos. Cuando pude, fui a Ecuador y después a México; pagué más de 1 500 dólares por el viaje. Llegué a este país en enero de 2005, aunque no planeaba hacerlo. Inicialmente había pensado ir a Canadá, pero un amigo me consiguió un pasaporte con visa mexicana, por lo que mi opción inmediata fue venir a México.

Cuando llegué, aprendí que México es un país con Estado de derecho, por lo que representó una buena opción quedarme.

La lejanía de mi familia es lo más difícil para mí. Desde que vivo aquí, casi no tengo contacto con ellos, la mayoría se encuentra en países de la región del sur de África: Benin, Mali y Burkina Faso; no son refugiados. Quien aún me preocupa mucho es mi madre, que se encuentra sola en Abiyán, Costa de Marfil. También extraño a mis amigos de la infancia, la escuela, mi equipo de fútbol y a mis vecinos.

Al inicio, vivir en México representó un reto muy grande para mí, ya que desconocía la cultura y, lo más importante, el idioma español. Cuando empecé a hablarlo era muy difícil que la gente me entendiera y, en ocasiones, se desesperaba al escucharme, ya que confundía mucho las palabras.

Quien más me ha ayudado a integrarme a México y su gente es una amiga mexicana, quien me explica las costumbres y el significado de ciertas palabras que aún no aprendo. También he

podido estar bien en México gracias a la Comar, pues me ayudaron a tener mi documento migratorio FM3. La adaptación a este país ha sido mi más grande logro.

Al principio realizaba algunos trabajos pequeños como cargador, lo que me permitía tener dinero para pagar mis comidas. Después contacté con un entrenador de un equipo de fútbol amateur en el estado de Querétaro; esto me dio mucho ánimo, pues desde que salí de mi país había perdido la esperanza de volver a jugar. También trabajo como “extra” en algunas filmaciones de Televisa y me gusta bastante, es agradable.

Por lo anterior digo que, en México, me he sentido muy bien como refugiado. Pienso que los mexicanos son personas muy agradables, aunque hay cosas que no me gustan de esta sociedad. La principal es que cuando ven a una persona diferente en el color de piel, forma de hablar y de vestir hacen muchas preguntas y, en ocasiones, no las plantean de buena manera. Si pudiera, cambiaría la forma en que hacen las preguntas.

Actualmente tengo muchos objetivos en mi vida. Quiero continuar jugando fútbol, muy pronto dejaré la liga amateur y firmaré un contrato con un club; también estoy por poner con un amigo un negocio de venta de productos africanos. Sin embargo, mi proyecto más importante es tener una casa y una familia propia.

Por el momento no quiero regresar a mi país, probablemente con el tiempo pueda cambiar mi forma de pensar, sobre todo si regresa la tranquilidad, aunque estoy seguro de que no sería para vivir ahí, sólo para visitar a algunos amigos y a mi madre.

Quiero quedarme a vivir en México.

AMET

Refugiado colombiano

Cuando salimos, no sabía a dónde iba. Era muy pequeño, tenía dos años. Casi no recuerdo nada de Colombia. Mi hermano Edier es el más grande, él tenía cinco años; mi hermana Eliana, tres y Esteban todavía no había nacido.

Mi hermano Edier ha de ser el que recuerda más. Yo sé que salimos por la guerrilla, y que Sin Fronteras le dio alojamiento a mi mamá y le ayudó para que nos fuéramos a otro país. Nos fuimos a Costa Rica, donde vivimos cinco años, tuvimos una casa y estábamos bien, pero a mi papá no le daban trabajo, no sé por qué. No tenía papeles o algo así, aunque allá nos ayudaban más. Entonces mi papá se vino a México en busca de un trabajo o de ayuda de alguien.

Aquí fue donde encontró trabajo y le dieron alojamiento y todo, y ya nos tuvimos que venir nosotros. Ya llevamos aquí seis años o siete y me ha gustado mucho México. Es un país muy hermoso, tiene culturas y todo. Pero también hay muchas personas que discriminan a los negros, y yo digo que eso no es bueno; que deberían de saber que todos tenemos derechos.

No he vuelto a ver a mis familiares de Colombia, a nadie más que a mi tía, hermana de mi papá. Siempre los he querido conocer, pero sólo ha sido por internet o cosas así. Tenemos fotos de ellos... también de una hermana mía que se quedó. Se llama Margaret. Mi mamá la tuvo con otro señor, es mi media hermana, más grande, y no dejaron que mi mamá se la trajera, quién sabe por qué. La extrañamos y nos gustaría que estuviera aquí.

Yo y mi hermana Eliana estamos en la secundaria y mi hermano más pequeño va a la primaria. Mi hermano Edier está en la prepa, pero ahorita se salió. No sé qué pasó. Está estudiando en otra prepa, por partes, para volver a hacer el examen y regresar a la prepa. Yo estoy en primero de secundaria.

Ahora tengo 13 años. Todos mis compañeros saben que soy colombiano y me preguntan que si me gusta el país y cosas así. De Costa Rica sólo me acuerdo que las casas eran muy grandes y que

los paisajes eran muy bonitos, pero de Colombia no me acuerdo nada. También aquí en México he visto muchos parques y las cosas me gustan un montón.

Los sábados vengo a La Casita⁵ o me voy con mi prima. Bueno, no es mi prima. Es una amiga desde hace mucho tiempo—unos cuatro años— y la consideramos nuestra prima, su familia son mis tíos, y vamos a su casa todos los fines de semana cuando no venimos a La Casita.

Por una amiga de mi mamá que trabaja en el DIF y se llama María Isabel nos enteramos del grupo de los derechos de los niños. Ahí salió una convocatoria para ver quiénes iban a ser los promotores de Derechos Humanos y quedamos yo y mi hermana. Estuvimos todo un año en esos grupos y luego cambiaron de promotores. Ahí íbamos a defender los derechos de los niños en entrevistas y cosas así, y también íbamos de paseo. Yo aprendí que todos los niños tienen derecho a una nacionalidad, a un nombre, a comer, a tener un hogar, a estudiar y a no ser discriminados.

Los refugiados son un tema feo. Es malo ser refugiado porque uno quisiera vivir en su país siempre, ¿no? Sin que lo estuvieran corriendo ni que le dijeran que se largara. Tiene derecho a vivir ahí, en su país.

México me gusta mucho, me siento mexicano; tengo mucha ayuda, muchos amigos. A mí me gustaría ser presidente, pero me han dicho que no se puede. Me gustaría ser presidente por las leyes. O sea, quiero que todo vuelva a ser como antes porque ahorita los presidentes son muy malos: no respetan los derechos ni nada de eso.

Si no fuera presidente, me gustaría ser doctor o detective. Quiero investigar casos, como homicidios.

La Casita Espacio de los Refugiados es padre. Yo vengo desde hace mucho y hay muchas cosas interesantes. Es un lugar donde dan apoyo a los refugiados y a todos los inmigrantes.

En la escuela juego básquet. Hago muchas cosas, como una

⁵ La Casa Espacio de los Refugiados es un proyecto del ACNUR y Amnistía Internacional, Sección Mexicana, donde la población refugiada convive con voluntarios mexicanos.

persona normal. Viajo solo en el metro, conozco todo. El metro está cerca de mi casa, nada más tomo un camión y ya. A la escuela voy en la tarde, de las dos a las ocho y diez. Fue el horario que nos tocó, pero me gusta más en la tarde: lo único malo es que me pierdo mis programas favoritos. En la mañana no hay nada que ver en la tele. Mi hermana también va en la tarde, conmigo. Estamos siempre juntos. Voy a la Secundaria 28, por el metro San Cosme. Mis materias favoritas son biología y matemáticas, porque me gusta cómo dan la clase y las entiendo muy bien.

Aunque me quiero quedar en México, me gustaría visitar Colombia. Creo que mis papás extrañan Colombia, me lo han dicho. Todos la extrañamos, quisiéramos volver a nuestro país natal, pero no podemos. Mi papá volvió una vez, pero mi mamá nunca.

Desearía que ya no hubiera más refugiados, que ya no corrieran a la gente de sus países, porque ellos tienen derecho a vivir ahí.

CHARLES

Refugiado haitiano

Hola, soy Charles Walnex, haitiano, tengo 26 años. Vivía en Haití con mi padre y mi madre; habitaba en una zona que se llama Carrefour Vincent, una zona muy peligrosa en Puerto Príncipe.

Mi vida era muy normal, no tenía problemas con nadie y me dedicaba completamente a estudiar. Cuando terminé mis estudios, trabajé en algunas empresas y después entré a un partido político que se llama Mochrena, que significa Movimiento Cristiano para una Nueva Haití, allí trabajé desde el 2000 como seguridad del presidente.

Después de que perdimos las elecciones del 7 de febrero de 2006, las cosas se tornaron difíciles. Entre el 7 y el 10 de junio de 2007 tuve que salir de mi casa bajo disparos y bastonazos. El presidente del partido se vio obligado a salir de Haití e irse a vivir a Estados Unidos. Después de esto, mi vida empezó a correr peligro.

El primero de noviembre de 2006, entre las seis y las siete de la noche, un grupo de bandidos armados me encontró cerca de mi casa, me golpearon, me dejaron casi muerto y perdí el conocimiento. Pasé 15 días en el hospital con oxígeno.

Cuando por fin pude salir del hospital, denuncié a los hombres que me atacaron, sin embargo, a pesar de que la policía los buscaba, desde el primero de noviembre hasta el 15 de diciembre esos hombres me persiguieron.

El día 15 de enero, como a las 10 de la noche, estos mismos hombres entraron a mi casa y dispararon. Mis padres, mi hermana y mis hermanos estaban ahí. Gracias a Dios logré escaparme por una ventana, y desde aquel día estuve escondiéndome en casa de otras personas que me dieron un lugar para dormir. No podía regresar a mi casa porque tenía mucho miedo. Fue en este entonces cuando pensé en dejar Haití, porque mi vida corría peligro.

Primero me fui de mi casa, me quedaba con amigos y conocidos; pensé que con eso iban a dejar tranquila a mi familia, pero el 14 de febrero, como a medianoche, entraron otra vez a mi casa. Ese día yo ya no estaba ahí. Me andaban buscando para

matarme. Como no me encontraron, golpearon a mi padre y a mi madre; mi hermano recibió una bala en el brazo y violaron a mi hermana que tenía 18 años. Fue en este momento cuando tomé la decisión de dejar mi país.

El 30 de marzo fui a la embajada de México para solicitar la visa. Casi inmediatamente me llamaron de la embajada para ir a recogerla y me dijeron que comprara el boleto de avión. Como no tenía dinero, algunos amigos del partido político me ayudaron.

Viaje a México el 10 de junio de 2007. No tenía opción para otro país, era más fácil conseguir la visa. El día que me presenté en la embajada estaba también un periodista que se encontraba igual que yo, él también fue víctima, fue una de las causas por las cuales me otorgaron la visa. Nadie me ayudó a conseguirla.

Llegué a México casi sin nada de ropa, porque no podía ir a mi casa. Dejé todas mis cosas allá. No conocía a nadie cuando llegué aquí, no tenía dinero porque ya se me había acabado. Tenía que pagar el hotel donde me hospedaba. En ese entonces pedí la muerte. Estaba en un país donde no hablaba el idioma, pues yo sólo hablaba creole, francés e inglés. Fue un viaje muy difícil para mí porque no pensaba dejar mi país; cuando vi que mi vida corría peligro, me vi forzado a dejar mi país, fue una obligación tener que venir a México. Creo que si no hubiera tomado esa decisión, ya estaría muerto.

No tengo parientes que sean refugiados ni en México ni en otro país. Soy el único de mi familia que es refugiado, pues sólo a mí querían matarme esos hombres.

No voy a olvidar el grupo de trabajo de Comar que me ayudó para no volverme loco en México. Me llevaron al médico y me dieron atención psicológica. Mil gracias a todo el equipo de Comar sin excepción, porque todos me ayudaron muchísimo. Especialmente cuando supe que los bandidos que me perseguían en Haití, mataron a mi madre a balazos, pues fueron a buscarme y no me encontraron. En venganza, decidieron asesinarla. En la Comar me dieron ánimo y fuerza para reponerme de ese duro golpe.

Ahora estoy trabajando en una escuela como profesor de francés. No puedo quejarme por la vida que estoy llevando en México. Tengo muchas amigas mexicanas que también me ayudaron

para adaptarme al estilo de vida y con el idioma. Gracias a ellas aprendí mucho sobre la cultura mexicana.

En general, no tengo ningún problema con los mexicanos, solamente con algunos que piensan como Hitler, que era un racista. Para mí, a una persona que está imitando al alemán la considero loca, porque somos todos hijos de Dios. Me gustaría pedirles a todos los mexicanos que se unan para ayudar a los refugiados.

En el futuro me gustaría ir a la escuela, trabajar y después viajar a otro país para visitar y conocer otras culturas; es uno de mis grandes sueños.

En cuanto a mi país, es una gran ventaja que en este momento no puedo regresar. Sé que la situación no está muy bien, hay mucha inseguridad y la gente sufre mucho; en México, como refugiado, gozo de muchos privilegios.

Sí pienso regresar a Haití porque allá tengo muchos parientes y amigos. Quiero regresar con la nacionalidad mexicana porque, quieran o no, la voy a cambiar, porque los haitianos no se entienden, siempre hay problemas en el país. Mi gran deseo es regresar a Haití con la nacionalidad del país que me regresó la vida.

JUNIOR

Refugiado congoleño

Soy estudiante del Congo, tengo 19 años y vivo en México desde hace casi cuatro años porque mi familia tuvo que huir de mi país. El primero en abandonar el Congo fue mi papá, por problemas políticos; el resto de la familia vino después. Aunque mi papá nos escribía o nos llamaba, lo extrañábamos mucho. Además, la policía nos molestaba porque éramos sus hijos.

El viaje a México, por París, duró 22 horas. Cuando llegamos, estábamos muy felices. Soy el cuarto hijo de siete, mi hermana más chica tenía tres años y mi hermano mayor tenía 22. Ninguno de nosotros sabía español, pero aprendimos en escuelas de idiomas en la ciudad de México y después pudimos ir a la escuela. En el Congo yo estaba en tercero de secundaria y pudimos traernos nuestros papeles, así que me inscribí en la escuela en México y ahora estoy en quinto año del CCH. Tengo varios amigos, mexicanos y extranjeros, y me gusta mucho la física.

Me gusta el basquetbol, y aunque ahorita no tengo equipo, Sin Fronteras me dio una beca para jugar. También me gusta ir de pachanga con mis amigos; no sé bailar, pero lo intento.

Un problema que solemos tener es la discriminación y el racismo, pues algunas personas nos llaman “negros” por la calle. A pesar de eso, hay cosas que me gustan mucho de México: Teotihuacan, Toluca y Chihuahua; y aquí, en la ciudad, me gusta ir al parque con mis hermanos. ¡Me gustan mucho los tacos y el mole! Mi mamá nos prepara comida del Congo aquí con ingredientes de México: le queda muy rica.

Extraño mucho el Congo. Perdimos todo allá, nuestra casa, nuestros coches, nuestra escuela. Teníamos una buena vida, pero no podemos regresar.

En el futuro, a mí me encantaría estudiar aviación aquí, en México, y ser piloto.

MARTHA ELENA

Refugiada colombiana

Huyendo por la vida

Los rebeldes de la vida, como muchos de nosotros en Colombia, tomamos la decisión de vivir, y vivir significa estar menos aferrados al cuerpo, menos aferrados al poder, menos aferrados a los días. En mi caso, recordaré toda la vida los motivos por los que perdí todo. Hoy recuerdo, día y noche, esa atrocidad que tiene responsables y que no están siendo perseguidos penalmente ni juzgados, y mucho menos castigados por esos delitos que afectan a miles de colombianos.

Me llamo Martha Elena. El 4 de agosto de 1997 regresé a mi país después de permanecer fuera por tres años, para volver a salir casi de inmediato, pero esta vez no por decisión propia. Podría parecer extraño que haya sentido lo que sentí cuando regresé al país que es mío, pero en el cual se les quita a los niños la dulzura y la sonrisa y se las cambian por armas, donde los adolescentes son arrebatados de sus familias para ser convertidos en actores de guerra y, en general, los habitantes pobres del campo son despojados de su cultura, de su tierra y lanzados a la incertidumbre. El futuro de todos se escurre entre las manos, en medio de recurrentes ritos de muerte.

A este monstruo le hemos dado el nombre genérico de “la violencia”. Esta violencia promiscua es producto de varias uniones: de la guerra con la política, de la injusticia con la intolerancia, del narcotráfico con la codicia y la miseria. Intentamos mantenerla guardada queriendo tapar el sol con las manos, pero está allí, cada vez más fuerte, más ansiosa, más demandante.

Cruzada por todo tipo de bandas guerreras, es un país sin proyecto de país, acostumbrado a la eficacia diaria de la violencia que se ha convertido en un aparato efectivo para marginar al diferente, acumular capital, e incluso para solucionar problemas conyugales. Sin embargo, en Colombia como en ningún otro país, existimos ciudadanos que, en medio de la guerra, intentamos —y siguen intentando los que allí perduran— construir los tejidos de la civilidad.

Entre el terror y la ternura

En Colombia se ve la paz como si fuera un gran combate cultural que, como los de los brujos de las comunidades tradicionales, es un combate por las almas en la región del espíritu, porque los grandes efectos de la violencia son también espirituales. Nos aterran las estadísticas, pero más nos deberían asustar nuestras conciencias, nuestra impotencia, la manera como hemos ido cediendo ante el terror y nos acostumbramos al autoritarismo. Ése es el gran dilema nacional. La cara de Colombia oscila entre el terror y la ternura. Acostumbrado al terror, pero también es el país que vibra y se emociona, que construye redes en la vida cotidiana. Es un dilema ético, es un dilema humano.

Se dice que tenemos una cultura de la muerte, creo que todas las culturas son de la muerte. No hay nada más digno y más profundo que la muerte. Somos seres para la muerte. Habría que cambiar los términos. No tenemos una cultura de la muerte, sino del terror, pues nos hemos acostumbrado a tratar pragmáticamente a la muerte. Vivimos un gran endurecimiento frente al misterio de la muerte, una utilización y manipulación del cuerpo llevada hasta sus extremos.

Sepultamos a nuestros muertos y, al hacerlo, volvemos a la negación maniaca de la muerte. Creemos que el problema de la muerte se niega haciendo una rumba, bebiendo licor, cantando. Tenemos un largo duelo no elaborado. Creo que eso se traduce en una profunda tristeza y melancolía que termina asentándose en el alma nacional. Cuando hablamos con los actores de la guerra, siempre nos encontramos, sorpresivamente, con que son inocentes. Aquí todos han sido obligados a guerrear. Aquí nadie ha querido hacer lo que hace. Y uno se pregunta: ¿dónde está esa terrible fuerza que nos impulsa?

Quienes queremos construir una Colombia civil, no podemos negar la realidad del terror como mecanismo de socialización. La muerte se ha convertido en un negocio provechoso, ha aparecido la industria de la muerte y eso lo demuestran las estadísticas: el número de secuestros, masacres, atentados, la formación de escuelas de *sicariato*, etcétera.

¿La paz? En boca de los violentos es una manera de negociar su capital de muerte. En boca de los ciudadanos comunes es expresión de miedo o una actitud recelosa. Está la idea de la paz romántica, de una gran autoridad alrededor de la cual todos convivamos, porque también a todos nos han callado. Colombia se llena por momentos de un activismo tan grande por la paz, que no logra encontrar ni cuerpo ni figura ni realización.

Somos incapaces de representarnos un futuro próximo donde haya un mínimo respeto por la vida humana y un clima básico de convivencia. Por eso se debe redefinir la paz o, más bien, rediseñarla, porque no se trata sólo de definiciones.

No podemos seguir pensando en la paz en términos de negociación. La paz es un derecho primordial y, por lo tanto, no es negociable; es un derecho de los habitantes desarmados. Digamos que todo aquel que intente imponernos autoridad por la vía del terror queda automáticamente deslegitimado; que la paz es el derecho supremo y que por ella accedemos a una insurgencia civil y desarmada. Insurgencia, por no decir desobediencia que, allá, no tiene ningún sentido.

El territorio

La guerra siempre ha sido un problema de territorio. Los grandes actores de la guerra en Colombia (guerrilla, paramilitares, ejército, narcotraficantes) están luchando por dominar milímetro a milímetro el territorio. Ellos saben que a la hora de negociar, lo importante es quién domina el terreno, sin importar la vía. La vía descarnada en este momento es el uso del terror, y el terreno está habitado por civiles que hay que aterrorizar porque forman parte del botín, pues de nada sirve un territorio sin botín.

Así como en México, hay varias Colombias que luchan de manera simultánea: una lucha por la vía del terror. Cualquiera que en este momento se adentre en la dinámica de la guerra, terminará hablando el lenguaje cotidiano de las masacres, porque ése es el nivel al que ha llegado la guerra. Lo que hay son bandas armadas disputándose el territorio para negociarlo a su favor. ¿Y qué hacemos nosotros? ¿Qué hace el botín? Juiciosamente, nos atemorizamos.

Retomar el territorio: la diferencia consiste en no tomarlo con las armas. Hay un grupo de la sociedad civil, cada vez mayor, que se niega a armarse. Por ética y por estética, porque nos afeamos, porque no nos gusta. No va con nuestras pasiones ni con nuestros sentimientos. Simultáneamente, este grupo se niega a ceder donde nadie los puede obligar: en el territorio de las conciencias. En los otros planos los pueden obligar, los pueden intimidar, pero es también una realidad que, a pesar de eso, se ha retomado el territorio muchas veces y en muchas partes. Lo que es imperdonable es que estemos espiritualmente derrotados ante la guerra, que seamos cartas en manos de los agentes del terror.

Esta declaratoria de un grupo de obstinados de proponernos como reserva ética de la nación, de negarnos a seguir consumiendo pasivamente más terror, despertó en los poderosos, en los guerreros armados, en los que dominan, muchas inquietudes que los hicieron declararnos la otra guerra. Esta declaratoria de guerra desconoce los esfuerzos del pueblo y solamente evidencia que el país está frente a un régimen militar y no frente al régimen que el pueblo eligió en las urnas. Ese pueblo que por la mañana escucha hablar a alguien y por la tarde tiene que asistir a su entierro.

De nuevo a México. Esta vez, refugiada

Tras la salida intempestiva de mi país, se inició una vida nueva que no había planeado, entre gente que no conocía, y cargué con el dolor sordo de la partida indeseada hasta que, un día, se me desbordó sin aviso y me encontré llorando, vagando por las calles de la ciudad de México.

Recordaré siempre la generosidad y hospitalidad de muchas personas que, a través de su acompañamiento y solidaridad, me dieron la perspectiva de luchar por una cultura de paz. Entre estas sensibilidades quiero reconocer el aporte del pueblo mexicano, que me prestó su casa y compartió su familia conmigo, así como reconocer el apoyo del gobierno de México y de la comunidad internacional.

Salir en busca de refugio para salvar la vida y la familia significó romper con el ciclo de la vida. Pero lo más grande que tene-

mos es la naturaleza, donde existe el único espacio para soñar, vivir y sentirse realizado, por lo que tuve que aprender a amar las energías de la tierra adonde llegué y adonde he vivido desde entonces.

Además, tomar un avión sin saber cuándo se va a poder regresar... fue muy difícil. Es algo que provoca una tremenda zozobra. No poder vivir en mi medio natural y con las garantías que da la democracia de que la propia vida no está en riesgo causa terror, pero es inmensamente angustiante salir a un futuro que se presenta completamente incierto, la vida ya no se puede programar, sino que hay que hacerla día a día.

¿Qué sentí? Es una suma de sensaciones, de pérdida, de elaborar el duelo —como dicen los psicoanalistas—. Fue literalmente elaborar ese duelo o ese vuelo obligado, en un país donde tuve que insertarme y donde también me nacieron otros impulsos. Pero, sobre todo, lo que sentí fue la falta de toda esa comunidad humana, de toda la gente: la familia, por supuesto, los amigos, que son algo tan importante en la vida; no hay nada virtual que los pueda sustituir.

Mirando a mi país desde el exilio

Naturalmente, lo veo con lentes oscuros, porque las noticias que llegan son terribles y, desde lejos, el catalejo lo que muestra es aquello más vivo y más urgente. Nosotros recibimos sólo la visión del catalejo. Siempre hemos tenido claro que lo más grave ocurre dentro del país. Nunca hemos dramatizado el exilio porque sabemos que el aspecto central son los presos, la tortura, la desaparición y el país prisionero de la guerra por el poder.

Siempre he tenido la sensación de que se va a producir el regreso, aunque ya por los refugiados anteriores he aprendido que no conviene levantarse todos los días con el boleto de regreso en la cabeza.

Y cuando regresé, siendo mexicana...

Fue una emoción imponente al reencontrar todos esos círculos: la familia en la puerta del aeropuerto, los amigos, compañeros de escuela, antiguos afectos. ¡Aquello fue una gran emoción!

Fue como reencontrar a un viejo amigo con el que, después de la impresión inicial, no necesitas hablar demasiado, no tienes zonas de desencuentro. Yo lo viví así. Sé que en otros casos la cosa fue más compleja, sin embargo, era el país que yo había dejado. Y reencontré una cantidad de gente y de seres que estaban en su lugar, cuyo pie, cuyo corazón estaba en esa huella que uno recordaba en el exilio.

¿Mi drama?

Mi drama fue estar mucho tiempo dudando acerca de la utilidad, del sentido de la creación, cuando el ser humano se veía tan vulnerable, frágil y expuesto a cualquier barbaridad como la que día a día sufre mi país. O sea, la falta de ganas, la dificultad de afirmarse en elementos positivos y de confianza. Menos mal que unos amigos mexicanos, que venían dándose cuenta de la precariedad de la situación en que me encontraba, me ofrecieron trabajo en áreas en las que me podía desempeñar bien y logré salir de la depresión.

Los detalles cuentan mucho

Porque, aunque se esté bien en el sitio de refugio, hay olores, sabores y sonidos que no se encuentran y, por lo tanto, se extrañan.

Evidentemente, cada cierto tiempo viajo a Colombia y caminar media cuadra desde mi casa hasta la esquina, a comprar un poco de pan y queso, revela mi entrañable relación, mi íntimo contacto con esos paisajes, con mi gente, con el aire... siento la alegría de la pertenencia segundo a segundo.

En cuanto pienso en el futuro, se me viene a la mente el pasado y llega a mis recuerdos este relato que no sé de quién es, pero creo que es mío: “A través de los escombros de la noche vimos pasar a una mujer que iba huyendo bajo la lluvia y llevaba la luz de una ventana al hombro. Era lo único que le quedaba de su casa pisoteada por los atletas de la muerte”. La imagen solitaria de la mujer que carga la luz de una ventana como legado del pasado después del despojo, refleja en un espejo cóncavo mi situación y la situación social de la patria colombiana.

FELIPE DE LA LAMA

Refugiado español

Todos somos refugiados

Yo fui refugiado desde que tengo memoria. Por lo tanto, se me desarrolló una capacidad de adaptación gracias a la cual no extraño el pasado mas que como anécdota. Extrañaría tantas cosas de cada uno de mis exilios que no me quedaría espacio ni tiempo para gozar del presente. En esas situaciones, el recurso es refugiarse en uno mismo, dentro de nuestros pensamientos y fantasías. Por eso pienso que todos hemos sido refugiados en algún momento de nuestras vidas. No siempre implica cambiar de país o de ambiente, a veces el huir de sí mismo o de una realidad angustiante lo vuelve a uno exiliado, refugiado.

Yo lo fui por ambos motivos: salir una y otra vez de un hogar varias veces reconstruido, y escapar del pasado y de un presente que no siempre era prometedor.

Salí de Madrid, donde nació, cuando empezó la guerra mal llamada civil. Mal llamada porque todavía puedo revivir el ruido de los aviones extranjeros, alemanes e italianos, que llegaban a bombardearnos. Por lo tanto, fue tan internacional como la que siguió, gracias a la criminal indiferencia de las supuestas democracias.

Salimos de Madrid huyendo de los bombardeos y de la escasez de alimentos que cada vez era más grave. Tenía nueve años. Llegué a Alicante con mi tía. Mis padres se quedaron en Madrid porque mi padre era funcionario del gobierno de la República. Puedo decir que ahí empezó un exilio, pues fui desplazado de todo mi entorno habitual para mal ubicarme en un medio totalmente diferente. En aquel tiempo ni siquiera conocía la palabra *refugiado* ni sabía lo que eso podría significar, pero ahora, a la distancia de 70 años, entiendo que esa ausencia de ubicación y de pertenencia que sentía es lo que se siente como refugiado.

La guerra nos alcanzó. Alicante fue bombardeada por mar y tierra. Llegamos a Valencia y luego a Torrente de las Flores, en algún tiempo el Real, antes de que la República tachara todo lo que oliera a monarquía. Éste fue un exilio positivo, sin carencias

de alimentos ni el eco de las bombas, pero siguió siendo un exilio, pues las diferencias también marcan esa calidad. Un mocoso urbano que no distingue una higuera de un naranjo no deja de ser ajeno al medio rural en el que el idioma valenciano (dialecto para los catalanes), marca otra distancia. Los campesinos olvidaban el castellano para imprimir fronteras con los recién llegados, consumidores de bienes y de espacio.

Nuevo desplazamiento, ahora a El Perelló, un pueblo de pescadores ubicado en la Albufera. Creo que aquellos pescadores aún no estaban muy conscientes del conflicto y nos veían como turistas despistados, como a otros llegados de la zona de guerra. Me seguí sintiendo ajeno al medio, pues ajenos nos veían los nativos.

Después Barcelona, con las bombas, el hambre y la huida, escondiéndonos de los franquistas y de la policía francesa para entrar ilegalmente a Francia.

Salí con mi madre y mi tía en 1939, cuando las tropas fascistas entraban a Barcelona, el mismo día en que terminó la guerra. A los que salieron antes se les consideraba desertores, pues demostraron poca lealtad y confianza en la República. Sólo los niños que vinieron a México, los llamados “Niños de Morelia”, y los que fueron llevados a la Unión Soviética merecen llamarse refugiados, pues sus padres, creyendo que la guerra terminaría favorablemente para el gobierno legal, aceptaron separarse de sus hijos para protegerlos del hambre y de las bombas, pero ellos se quedaron para seguir luchando.

En Francia asimilé claramente el concepto de refugiado, pues me lo hicieron patente, aunque en francés, sin necesidad de traducción, con las actitudes y el rechazo. No de todos los franceses, quiero aclarar. Yo fui adoptado por una familia francesa que me mandó a la escuela, me brindó un hogar y me hicieron sentir en familia. Por mi precario estado de salud en España, estudiaba en mi casa. Era la primera vez que iba a un colegio, en un idioma extraño, rodeado de criaturas para las que yo era un bicho raro... y lo era. Una vez más el idioma se interponía entre mi entorno y yo. Además de una ignorancia enciclopédica de la cultura francesa.

Por razones políticas, al llegar la invasión alemana tuve que volver al campo de concentración. Y otra vez recurrí a mi auto-exilio para fugarme del hambre, las enfermedades y el rechazo. Ya lo había sentido antes, no sé si por refugiado o por el delito de ser español: “espagnol de merde” era un calificativo que me aplicaban frecuentemente.

Llegué a México en 1942 con mis padres y mi tía. No sé si hubo otras opciones para salir de Francia, pero ésta es la que nos correspondió. Y siempre lo agradeceré. Tengo cartas que mi padre dirigió a las autoridades españolas encargadas de evacuar a otros países a los refugiados en Francia. Tardaron tres años en resolverle. Fuimos el penúltimo viaje que salió de Francia. En aquel tiempo yo no entendía el porqué de este retraso. Ahora tengo la sospecha de que el error de mi padre fue haber sido republicano, leal al gobierno, y románticamente creer que abandonar la lucha antes de que estuviera totalmente perdida era una traición. Él pasó a pie los Pirineos. Otros igualmente leales a República los cruzaron igual que él. Otros, menos soñadores, en cuanto vieron la causa perdida salieron protegidos por pasaportes y con divisas suficientes para sobrevivir en el exilio.

Mi familia actual es mexicana: una hermana, tres sobrinas y dos sobrinos nietos. Mis familiares de España han fallecido o he perdido contacto con ellos.

La adaptación a México fue más fácil después de la experiencia en Francia en campos de concentración con mi padre, al que veía de tarde en tarde, cuando tenía autorización para salir del campo de Agde, donde estaba recluso, y mi madre y mi tía confinadas en otro.

Fue fácil, digo, a pesar del antagonismo que despertábamos como refugiados perdedores de una guerra ganada por las fuerzas conservadoras y defensoras de los valores católicos.

Muchos españoles, antiguos residentes, prestaron ayuda a los recién llegados, pues antes que una ideología tenían valores humanitarios y de solidaridad. Pero también hubo muchas agresiones por parte de los afincados con anterioridad, que habían venido de España huyendo de su mala situación económica, y de los reaccionarios mexicanos que estaban aterrados por la política

liberal del general Lázaro Cárdenas. Éramos considerados rojos, comunistas, asesinos de sacerdotes y monjas.

Sin embargo, creo que he sido un refugiado con suerte, con muchas suertes. No dejé atrás muertes de seres queridos ni cárceles ni todo ese lastre doloroso que otros tuvieron que superar.

Entre mis muchas suertes, tuve la de que mi padre obtuviera trabajo en Culiacán, Sinaloa, donde no existían esos prejuicios. Gente dedicada a trabajar sin ocuparse de los colores de las ideologías ajenas.

La mejor ayuda para integrarme a México la recibí del ejemplo de mi familia y de la gente de Culiacán, que me hizo sentir parte de su comunidad. Puedo decir que aquella etapa de mi exilio terminó en Culiacán, donde estudié, desarrollé mis aficiones y mis capacidades.

Mi vida hubiera sido otra, no sé si mejor o peor, pero sí diferente, de no haber sido un refugiado. Refugiado por razones políticas y por razones personales, por mi modo de ver la vida. Como tantos otros que, quizá sin darse cuenta, tienen que refugiarse, exilarse de sus problemas. Por eso digo que todos somos o podemos ser refugiados. Todos corremos el riesgo de tener que abandonar la patria, las raíces. Todos hemos, todos han sentido la soledad, la falta de pertenencia y de ubicación, la soledad del exiliado. Por eso no entiendo por qué es tan difícil comprenderlos y aceptarlos.

En mi caso he sido rechazado y aceptado, agredido y apoyado y comprendido. Pero el exilio me ha dado la oportunidad de dedicarme a muchas cosas: estudié ingeniería, comercio, teatro, psicología; he sido actor, periodista, orientador vocacional, maestro de psicología, de historia del teatro, funcionario de la ONU y ahora jubilado y escribo en mis ratos libres... que son muchos.

Mi mayor deseo es que la palabra *refugiado* desaparezca del vocabulario futuro, pero que mientras tenga vigencia, deseo que la suerte acompañe a los refugiados como a mí me acompañó.

Empezar de nuevo. Testimonios de personas refugiadas
se terminó de imprimir en diciembre de 2008 en los
talleres de Servicios de Medios Alternativos, S. A. de C. V.,
calzada de las Águilas 1842, col. Axomiatla, 01820 México, D. F.
Tipografía y formación: Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.

La composición se hizo en tipos
Goudy Old Style de 9, 11 y 15 puntos,
Novarese de 9.5 puntos y Helvetica de 9 puntos.
El tiro fue de 1 000 ejemplares.